

XXII.

Aquí hallareis consuelo y alegría,
 La dulce paz, reposo el mas cumplido:
 Hombres ¿á qué esperais? Venid, un dia
 Dichoso cual jamás os ha nacido.
 Y el coro de las aves repetia
 Desde el ramo do estaba reunido:
 "Venid, venid al Tepeyác, mortales,
 Venid á respirar de vuestros males."

XXIII.

El noble Juan en tanto se ocupaba
 De recoger las flores misteriosas,
 Que en su grosera tilma acomodaba,
 Admirado de verlas tan graciosas:
 Con toda su atencion las contemplaba
 Y decia, son flores milagrosas:
 Aquí la Reina estuvo, son sus huellas,
 Que flores nacen de sus plantas bellas.

XXIV.

Poco despues ya habia descendido
 A do la Reina augusta lo esperaba,
 Y las rosas que habia recogido
 Entreabriendo la tilma le mostraba:
 De uno á otro lado habiéndolas movido,
 La Vírgen celestial, se colocaba
 Cada cual en su puesto, y recibia
 Nuevo esplendor, belleza y lozanía.

XXV.

Y volviéndose á Juan en rostro afable,
 Ya tú lo ves, le dijo, cuán precioso,
 Cuán rico es el presente; y qué apreciable
 En invierno tan crudo y rigoroso:
 Estas flores, la seña incontestable
 Son de tu fé, son del amor piadoso
 Que me mueve á habitar entre esta gente,
 Y procurarle un bien tan eminente.

XXVI.

Todo el piadoso indiano lo notaba,
 Y en lo interior de su alma presentia
 Alguna cosa grande que ignoraba,
 Mas que nueva confianza le infundia:
 Sus ojos de la Reina no apartaba,
 Y en el supremo gozo en que se habia,
 Mostraba su humildad y rendimiento
 De la piedad unido al sentimiento.

XXVII.

Y la Madre de Dios: Vé con cuidado
 A la ciudad, le dijo; solamente
 Manifiesta esas rosas al prelado,
 Y á nadie mas; camina cautamente;
 Tu verás, hijo mio el resultado;
 Cuán tierno el buen obispo, y reverente
 Ensalza mi hermosura, y los primores
 Que envió al pueblo indiano en esas flores.

XXVIII.

Anda pues, marcha Juan, que hoy es el dia
 De gran felicidad para este suelo.
 Y á su sonoro acento parecia
 Que con la tierra se alegraba el Cielo;
 Y el dulce Juan gozoso respondia:
 ¡Cuánta bondad! ¡Con cuán ardiente celo
 El bien procuras de la gente indiana!
 ¡Seas bendita, oh Reina soberana!

XXIX.

Humil tras esto se postró implorando
 La gracia singular de su asistencia,
 Y á luego su camino comenzando
 Dejó de su Señora la presencia:
 Con mesurado paso caminando,
 Y sin temor de infausta contingencia
 Alegre repasaba en la memoria
 El grande asunto de tan bella historia.

XXX.

Mas sucedió que el rostro revolviendo
 Al Tepeyác, su vista derramaba
 Aquí y allí; por todas partes viendo
 Si á la augusta Princesa columbraba:
 Señal ninguna empero descubriendo,
 Tranquilo y sosegado continuaba
 Su marcha á la ciudad, cuando que en esto
 Parecióle escuchar un son funesto.

XXXI.

Tú me lo has dicho, musa, me has contado
 Que cayó en un esceso de su mente
 En aquel mismo instante, y figurado
 Vió á sus ojos un cuadro horrendamente;
 Me has dicho que quedó como aterrado,
 Tornando al Tepeyác la adusta frente,
 Con las cosas que allí se presentaban
 Y ominosas escenas recordaban.

XXXII.

Creyó entrever en la áspera ladera
 Del alto cerro aquí y allí esparcidas
 Ruinas del templo de Tonantzi fiera
 Y de inocente sangre enrojecidas;
 Y al sacerdote infiel de faz severa
 Convocando á las gentes iludidas
 Cada cual á inmolar á su nacido
 De las roncadas bocinas al sonido.

XXXIII.

Y hasta el ¡ay! funeral del tierno infante,
 Y sus débiles gritos percibia,
 Y el hondo lamentar de madre amante,
 Que arrancársele su alma parecia
 Al ver la sangre suya, que humeante
 Allí de la ara lúgubre corria,
 Del rudo templo al pavoroso suelo,
 Humil clamando por venganza al cielo.

XXXIV.

Tal el Neófito haelóse de asustado,
 Que ni atrás ni adelante caminaba;
 Mas vínole un instante afortunado
 Y el temor de su pecho desterraba:
 Por caso vió las rosas que cortado
 Habia en la montaña, y divagaba
 Su atención, yendo luego entretenido
 Entonando este cántico aprendido:

XXXV.

Amad, cantad, indianos á María,
 Que es el querer del Santo y Poderoso:
 El triste lloro en plácida armonía
 De Eva trocó, y al hombre hizo dichoso;
 Que al mundo todo bien por ella envia
 El fruto de su vientre generoso:
 Cantadle pues, y escucha tú, Señora,
 Al que tu amparo y proteccion implora.

XXXVI.

Sobre el pueblo que rinde á tu grandeza
 Derrama las eternas bendiciones
 De tu Hijo Dios; ablanda la dureza
 De incrédulos y altivos corazones:
 Ven, Señora, del trono de tu alteza
 Y recibe las tiernas ovaciones
 De nuestro amor, y compasiva ampara
 Y alumbra al orbe con tu luz preclara.

XXXVII.

Tú eres del cielo la mejor estrella,
 Y en el mar de este siglo borrascoso
 Firme esperanza, placentera y bella,
 Y al triste nauta el faro esplendoroso:
 De tus ojos con sola una centella
 Si amenazas al bátrato espantoso,
 Tiembla el protervo rey, dobla su pena,
 Y el antro á gritos de pavor atruena.

XXXVIII.

Aplaca, pues, las récias tempestades
 Con que inhumano al universo agita,
 Y entre tus pobres hijos tus piedades,
 Cual sueles, blanda y próvida ejercita.
 No el impío murmure tus bondades
 Y diga: entre ellos poderosa habita,
 ¿Y no puede librar á sus queridos,
 Y los deja en miserias sumergidos?

XXXIX.

¡Salud, ínclita Reina! A tí venimos
 Y á tí Madre y Señora confesamos;
 Y pues á tí confiados acudimos,
 Remedio y salvacion de tí esperamos;
 Que si una vez errantes anduvimos,
 Hora á tu sombra augusta nos juntamos,
 Y libres ya de riesgos y aficciones,
 Cantaremos tu nombre á las naciones.

XL.

Dijo, y del Cielo rápido descende
 Y cual rayo veloz el ángel bueno,
 Que con sus alas purpurinas hiende
 El aire vago en la region del trueno.
 Ya está con Juan y á su inquietud atiende;
 Tócale el pecho y tórnalo sereno,
 Y tomando muy corta delantera
 Lentamente dirige su carrera.

XLI.

Como el rudo pastor que en noche oscura
 De los lobos escucha los aullidos,
 Lleno de espanto y de mortal tristura
 Embargársele siente los sentidos,
 Y naciendo á ese tiempo la alba pura,
 De sus primeros rayos ofendidos
 Huyen los fieros, y él recobra luego
 La perdida alegría y el sosiego;

XLII.

Así cuando hubo el neófito invocado
 El venerando nombre de María,
 Y el paraninfo alígero bajado,
 Aunque invisible, para serle guía,
 Hallóse dulcemente recobrado;
 Ni mas tornó á forjar su fantasía
 Ruinas y escombros, duelos lamentosos,
 Ni tañidos horribles y espantosos.

XLIII.

Y aunque sin esa grande comitiva
 Que acompaña de reyes opulentos
 Al noble embajador, que en faz altiva
 Va ostentoso de ricos lucimientos;
 Con sola su nobleza respectiva,
 Y asociado de bellos pensamientos,
 El enviado del Cielo peregrino
 Solitario avanzaba en su camino.

XLIV.

Ni como aquel conduce grandes cosas,
 Regalo de una espléndida embajada;
 Solamente unas flores, unas rosas
 Lleva en la manta suya bienhadada:
 Empero en sus esencias perfumosas,
 En su pintura rica y bien variada,
 Conduce una beldad, que nunca viera,
 Y nunca el hombre concebir pudiera.

XLV.

Mas tú, doncella, divinal cantora,
 Hija del Cielo, que mi pecho inflamas;
 Tú, que en mi labio de tu voz sonora
 El néctar suave, la virtud derramas,
 Déjame un poco descansar ahora
 Ya que al final de mi canción me llamas;
 Para despues, de tu armonioso acento
 Los tonos imitar y el blando aliento.